

viar contra ellos a su hijo Teodeberto, el cual sorprendió al monarca danés y lo mató, venciendo luego a los piratas en un combate naval y recuperando el botín. Esta expedición hizo brotar en tierra danesa infinidad de epopeyas populares que fueron resumidas en el canto germánico de Beowulfo, escrito en Inglaterra en el siglo VIII (1). El rey Coquilaco es el antecesor de los caudillos normandos que en el siglo IX devastarán las costas del imperio carolingio.

De suerte que los francos sometieron la Germania y avanzaron hasta las fronteras del mundo eslavo y húngaro, hasta el Danubio, el Saale y el Elba. Teodeberto contestaba orgullosamente a Justiniano que le preguntaba sobre qué poblaciones reinaba: «Con la misericordia de Dios hemos subyugado a los thuringios, adquirido sus provincias y destruído la raza de sus reyes; los suabios del Norte, tan orgullosos, están sometidos; los visigodos bajan la cabeza, y nuestra dominación se extiende desde las orillas del Océano hasta el Danubio y los límites de la Pannonia y abarca la Italia septentrional, los sajones y los eucios (2), que espontáneamente se han entregado a nosotros.»

En el curso del presente capítulo los hijos de Clodoveo se nos han aparecido como verdaderos bárbaros; y en efecto, ni el contacto de la civilización romana ni la influencia del cristianismo fueron bastantes a suavizarlos. Cometían espantosas matanzas, destruyen ciudades y dejan en pos de sí el desierto; crueles para con las naciones enemigas, detéstanse unos a otros, tiéndense emboscadas y no retroceden ante el asesinato. No tienen, al parecer, más que una mira: redondear su patrimonio y llenar su tesoro de oro, de plata, de piezas de orfebrería y de vestiduras de seda. Gregorio de Tours, en una narración legendaria, pero característica, dice que durante la segunda expedición a Thuringia, Thierry, á pretexto de charlar un rato con Clotario, atrae á éste á su tienda, en donde tiene dispuestos algunos asesinos que á una señal convenida han de arrojarle sobre su hermano; mas éste, comprendiendo la celada, porque los pies de los asesinos asoman por debajo de la cortina, no despidió su escolta. Thierry, sumamente perplejo y no sabiendo qué actitud tomar, regala una bandeja de plata á Clotario, pero cuando éste se retira, monta aquél en cólera y quiere recobrar el objeto regalado, á cual fin despacha á su hijo, quien, halagando á su tío, vuelve con la bandeja. «Thierry era muy hábil en sus estratagemas.»

Y sin embargo, parece que á estos bárbaros les guía una idea; han querido llegar á los límites que César señalaba á la Galia, á saber, los Pirineos, los Alpes y el Rin, y casi han logrado realizar su propósito. Después

(1) Beowulfo era sobrino del rey muerto y se distinguió en la batalla. Véanse las ediciones de Kemble, Londres, 1883; de Simrock, 1869; de Heyne, Paderborn, 1879, de Holder, Fribourg-en-Brigau, 1896 y 1899. Julio Zupitza ha reproducido en fototipia el único manuscrito que se encuentra en el British Museum, Londres, 1882, en la «Early English Text Society.» Véase Müllenhoff, en la *Zeitschrift für deutsches Altertum*, tomo II. Dederich, *Studien zum angelsächsischen Beowulflied*, Copenhague, 1877.

(2) Los eucios son seguramente los mismos que los jutes. Véase Zeuss, *Die deutschen und ihre Nachbarstämme*, pág. 146. Respecto de los suabios del Norte, vecinos de los sajones, véase la misma obra, pág. 362.

se han extendido por el exterior y sus expediciones á Italia recuerdan las de los galos, cuyo puesto ocupan y son presagio de otras que serán igualmente inútiles. Allende el Rin han descubierto nuevamente, por decirlo así, aquel país de Germania de donde eran oriundos, y han abierto el camino para la grande obra de conversión de las poblaciones alemanas al cristianismo. Sus conquistas son el comienzo de la historia de Alemania.

CAPITULO II

LOS NIETOS DE CLODOVEO HASTA LA REUNIÓN DE LA MONARQUÍA FRANCA BAJO CLOTARIO II

I. Primeras guerras civiles hasta el asesinato de Sigeberto (561-575). —II. Continuación de las guerras civiles hasta el asesinato de Chilperico (575-584). —III. Historia interior hasta la muerte de Gontrán (593) y de Chilperico (596). Rebelión de los magnates. —IV. Brunequilda y sus nietos (596-613). —V. Guerras de los francos contra los bretones y los vascos. Expediciones al exterior.

I.—Primeras guerras civiles hasta el asesinato de Sigeberto (561-575) (3)

La época de los nietos de Clodoveo ofrece un gran contraste con la anterior; en lo sucesivo se suspenden las conquistas y los merovingios emplearán unos contra otros su energía guerrera y su violencia.

El rey Clotario I dejó cuatro hijos, Cariberto, Gontrán, Sigeberto y Chilperico, el último de los cuales, más emprendedor que sus hermanos, trató de hacerse dueño de todo el reino, se apoderó de los tesoros que Clotario había juntado en su quinta de Berny (4) y entró en París, que cada día adquiría mayor importancia. Esto no obstante, sus hermanos le obligaron á repartir el reino conforme á la costumbre, cometiéndose entonces los mismos yerros que en 511, si bien en su detalle sufrieron los lotes algunas modificaciones. Cariberto tuvo por capital París y por reino toda la Galia, desde el Bresle hasta los Pirineos, con Ruán, Tours, Poitiers, Limoges, Burdeos y Tolosa; Gontrán recibió como reino el Berry y los valles del Saona y del Ródano, con Orleans por capital; Sigeberto se estableció en Reims y reinó en los países del Este bañados por el Mosa y por el Rin y, allende este río, en las tribus germánicas hasta el Elba, quedándose además, como en otro tiem-

(3) FUENTES.—Además de Gregorio de Tours y de Mario de Avenches, véase Fortunato, *Opera poetica et pedestria*, edición Leo y Krusch en los *Monumenta Germaniae*, en 4.º, *Auctores antiquissimi*, tomo IV, traducción francesa de C. Nisard (en el tomo XXVIII de la colección Nisard). Véase C. Nisard, *Le poète Fortunat*, París, 1890.

OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras indicadas en el capítulo precedente, Augusto Thierry, *Récits des temps mérovingiens* (en las Obras completas, tomos VII y VIII). Huguenin, *Histoire du royaume d'Austrasie*, París, 1862. A. Digot, *Histoire du royaume d'Austrasie*, cuatro volúmenes, Nancy, 1863 (obra llena de disertaciones curiosas é interesantes). Gerard, *Histoire des Francs d'Austrasie*, dos volúmenes, Bruselas, 1866. Gaillard, *Mémoire sur Frédégonde et Brunehaut*, en las «Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres,» tomo XXX (1764). A. Flobert, *Brunehaut*, estudio histórico, Colmar, 1863. Drapeyron, *La reine Brunehilde et la crise sociale du VIº siècle*, Besanzón, 1867. G. Kurth, *La reine Brunehaut*, en la «Revue des Questions historiques,» tomo XXVI (1891). E. Roussel, *Le roi Chilperich*, en los «Annales de l'Est,» 1897.

(4) Cantón de Vic-sur-Aisne, distrito de Soissons (Aisne).

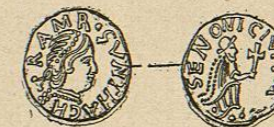
po Thierry, con la Auvernia y una parte de Provenza; Chilperico obtuvo una porción mucho más pequeña que las de sus hermanos, con Soissons por capital y las ciudades del Noroeste, á saber: Amiéns, Arrás, Cambrai, Therouanne, Tournai y Boulogne. Y este lote aún había de quedar muy pronto más reducido: en efecto, Chilperico, aprovechándose de una expedición de Sigeberto contra los avaros, se arrojó sobre Reims, pero su hermano le quitó lo que había conquistado y además se apoderó de Soissons, conservándola en su poder.

El primogénito de estos reyes, Cariberto, murió en 567 y sus Estados fueron repartidos entre sus tres hermanos sobrevivientes, de una manera bastante extraña. Chilperico obtuvo la parte Norte y la parte Sur, Ruán, Evreux, Angers y la Bretaña, por un lado, y Burdeos, Cahors, Limoges, el Bearn y el Bigorre, por otro. A Sigeberto le fueron adjudicadas las ciudades de Tours y de Poitiers, y á Gontrán las de Saintes, Angulema y Périgueux. A consecuencia de estos sucesivos repartos, los diversos lotes se metían unos dentro de otros, con lo que cada uno de los reyes sentía gran tentación de redondearse en detrimento del vecino y de suprimir aquellas empotradas. Los tres hermanos no pudieron llegar á un acuerdo respecto de la posesión de París, por lo que decidieron dejar la ciudad indivisa y gobernarla en común sin que ninguno de ellos pudiera entrar por sus puertas sin permiso de los otros dos.

El mismo año en que murió Cariberto aparecían las dos mujeres cuyos nombres llenan la historia de este período. El rey Sigeberto, cuyas costumbres eran más morigeradas que las de sus hermanos, no se había unido, como éstos, con siervas, sino que aspiraba á casarse con una hija de rey. La corte de los visigodos de España estaba entonces en todo su esplendor, y entre los francos no se hablaba de otra cosa que de las magnificencias de Toledo. Sigeberto envió una embajada al rey Atanagildo, pidiéndole la mano de su hija Brunequilda, que le fué otorgada, pues los visigodos esperaban que este enlace pondría término á las largas guerras que les habían hecho los francos. Brunequilda abjuró el arrianismo y confesó la Santa Trinidad, y el matrimonio se celebró en la ciudad de Metz. Hallábase allí entonces un joven poeta, Fortunato, que acababa de salir de Trevisa, su patria, y de recorrer el Sur de Alemania, y que buscaba medios de subsistencia entre los francos. Fortunato cantó el epitalamio en versos en los cuales intervenían todas las divinidades del Olimpo, y los francos cristianos oyeron al Amor ensalzando el valor de Sigeberto y á la misma Venus celebrar la belleza de Brunequilda. «nueva perla que España ha puesto en el mundo.» La joven reina causó impresión profunda en cuantas personas la rodeaban; el obispo Gregorio de Tours pondera los encantos de la figura, la gracia de su porte, los atractivos de su conversación. Criada en aquella corte de España en donde se había conservado la civilización romana, había recibido una educación brillante; hablaba muy bien el latín y fué seguramente la única, de entre todos los concurrentes, que comprendió las alusiones prodigadas por el vate en sus versos. Pero Brunequilda en aquella fecha no tenía aún ideas de gobierno, y hubo de encontrarse por de pronto extrañada é inquieta en aquel mundo desconocido en donde la suerte la había colocado; hasta más adelante no se des-

arrollaron sus facultades de energía y de perseverancia y sus talentos políticos.

Aquel matrimonio proporcionó á Sigeberto gran nombre, y Chilperico tuvo envidia de su hermano. Casado con Audovera, tuvo de ella tres hijos, Teodeberto, Meroveo y Clodoveo; luego la repudió y vivía en la crápula, sometido al imperio de una sirvienta Fredegunda. Pero después de la boda de Sigeberto, se deshizo de aquella criada y pidió á Atanagildo la mano de su hija Galswinta, que le fué concedida por el rey de los visigodos; convenida la dote, Chilperico prometió dejar á su esposa como viudedad las ciudades y las regiones del Mediodía que recientemente le habían sido adjudicadas como parte de la herencia de Cariberto, á saber, Burdeos, Cahors, Limoges, el Bearn y el Bigorre. Galswinta se trasladó á la Galia, y en un principio fué muy amada por su esposo, «porque había traído consigo



Moneda de Gontrán

grandes tesoros;» mas el rey se cansó muy pronto de aquella compañera dulce y resignada y reanudó sus antiguos amores.

Una mañana Galswinta fué encontrada estrangulada en la cama; pocos días después, Chilperico se casó con Fredegunda y mandó dar muerte á su primera esposa Audovera.

Sigeberto, para vengar á su cuñada, preparó la guerra; pero Gontrán impuso su mediación y se entablaron negociaciones; y como un asesinato podía rescatarse por una composición, Chilperico renunció á la posesión de los territorios que formaban la viudedad de Galswinta, entregándoselos á Sigeberto. De este modo se evitó la guerra civil, que no estallará hasta seis años después, en 573, y que con treguas más ó menos largas proseguirá hasta 613.

¿Cuál fué el verdadero carácter de aquellas luchas? Muchos han visto en ellas la rivalidad de dos mujeres, Brunequilda y Fredegunda; pero, según parece, ni una ni otra representaron en un principio el papel que se les ha atribuído. Brunequilda había aceptado el precio de la sangre cuando su marido recibió la viudedad de Galswinta, y no le era, por ende, lícito perseguir una venganza: el odio de aquellas dos mujeres dió á la guerra civil un carácter atroz, pero el origen de la lucha debe buscarse en otras causas.

Se ha pretendido también que aquel conflicto era el de dos razas, hablándose á este efecto de una oposición entre la Francia del Oeste, en donde se mantuvo preponderante el elemento romano, y la Francia del Este, en donde dominaban los germanos y en donde se instalaban sin cesar nuevos bárbaros, procedentes del otro lado del Rin. De ser esto así, tendríamos ya planteada entonces la rivalidad entre Neustria y Austrasia; sin embargo, el nombre de Neustria es completamente desconocido para Gregorio de Tours (1), quien emplea las

(1) La palabra *Neustrii* la encontramos usada por primera vez, á principios del siglo VII, en la *Vie de Colomban*, por Jonas, capítulo XLVIII.

palabras *Austria* y *Austrasii* para designar la región del Este, el reino y los súbditos de Sigeberto, pero no indica en parte alguna una diferencia fundamental entre los austrasios y los habitantes del reino de Chilperico, ni da á entender que entre unos y otros existiera un odio de pueblo á pueblo. Gran número de germanos habíanse establecido al Norte del reino; por otra parte, era galo-romana en su mayoría la población que habitaba en los alrededores de Reims, Toul y Metz, ciudades pertenecientes al reino de Sigeberto. Este y Chilperico habían recibido la misma educación, y sus sentimientos no debieron ser muy distintos, de suerte que las guerras civiles no tuvieron por causa la oposición entre dos regiones, sino que crearon esta oposición, pues á fuerza de combatir unos contra otros, los habitantes del Oeste y los del Este acabaron por ser enemigos. La rivalidad entre la Neustria y la Austrasia no existía en el siglo VI, pero existirá en el VII y fué una resultante de esas luchas perpetuas (1).



Tumba de Sigeberto

La verdadera causa de la guerra civil en el siglo VI fué la ambición de los reyes. Una pasión única llena el alma de estos príncipes, la de querer aumentar su parte de reino á expensas del vecino. Aparte de esto, existían en cada reino elementos de guerra civil; en cada uno, los magnates piden al rey honores y riquezas, y si éste se los niega, están dispuestos á hacerle traición; de aquí que el rey que quiere guerrear contra su vecino encuentra en seguida cómplices entre estos descontentos. Gontrán y Sigeberto tienen hechuras suyas en el reino de Chilperico, y recíprocamente, y sólo muy de tarde en tarde, comprende alguno de estos príncipes que

(1) Cuando existió esta rivalidad, la Borgoña procuró, por su parte, conservar su autonomía defendiéndola contra neustrios y austrasios. Hacia el año 570 acaeció un suceso que hizo presagiar la futura separación de las tres regiones. En un principio las capitales de los reyes se tocaban en el centro, pero Sigeberto escogió como residencia, en vez de Reims, la ciudad de Metz, la antigua ciudad de *Diodorum*, todavía en tierra romana, pero próxima á las regiones en donde se habla exclusivamente la lengua germánica; Gontrán fué á establecerse en Chalon-sur-Saone, no lejos de las comarcas en donde se instalaban en otro tiempo los burgundios. De este modo se van dibujando poco á poco tres reinos, Neustria, Austrasia y Borgoña, que con el tiempo adquirirán rasgos individuales y característicos. Estos tres reinos consideraron durante mucho tiempo la Aquitania como un anejo que se repartían á su antojo hasta el día en que esta región, sacudiendo el yugo, querrá tener un destino independiente.

va por mal camino; intentando entonces oponer á los magnates una liga ó una alianza de los reyes; pero estos intentos son fugaces, y el desorden aumenta de día en día en cada reino.

Cuando estalló la guerra civil en 573, también fué Chilperico quien dió la señal, arrojándose sobre las ciudades de la Aquitania pertenecientes á Sigeberto y cometiendo durante tres años (573-575) atrocidades depredaciones en aquel territorio. Un hijo suyo, Teodeberto, incendió las iglesias, hizo prisioneros ó mató á los clérigos, derribó los monasterios de hombres, mancilló las abadías de mujeres y lo devastó todo. Hubo en aquel tiempo en la Iglesia más gemidos que en la época de la persecución de Diocleciano. Sigeberto, por su parte, hizo un llamamiento á los germanos, y estos bárbaros se entregaron asimismo al saqueo, al incendio y al asesinato, conservando los alrededores de París y de Chartres, durante mucho tiempo, las huellas de su paso. Gracias á su concurso, Sigeberto salió en definitiva victorioso, entrando en París, con menosprecio del pacto de 567, haciendo que allí se le reunieran su esposa Brunequilda, sus hijas y su joven hijo Childeberto, y persiguiendo luego á Chilperico hasta Tournai. Este se vió abandonado por los magnates, que proclamaron rey á Sigeberto, alzándolo sobre el pavés en la villa de Vitry (2); pero durante la ceremonia, dos esclavos lograron acercarse al triunfador y asestarle dos golpes de *scramasax* (puñal) en cuyas ranuras había puesto Fredegunda un veneno (575).

II.—Continuación de las guerras civiles hasta el asesinato de Chilperico (575-584) (3)

Muerto su rival, Chilperico regresó á París. Un señor, el duque Gondovaldo, fiel á Sigeberto, pudo salvar al hijo de éste, niño de cinco años, y lo llevó á Metz, en donde le hizo reconocer como rey el día de Navidad; en cambio Brunequilda y sus hijas fueron hechas prisioneras, siendo éstas detenidas en Meaux y conducida aquélla á Ruán. Las plazas de la Aquitania que pertenecían al reino del Este, especialmente Tours y Poitiers, fueron tomadas por Chilperico.

Chilperico, en extremo poderoso desde entonces, pudo dar rienda suelta á sus caprichos. Este rey es el tipo perfecto del déspota merovingio: la ambición y la sed de riquezas son sus pasiones dominantes, y para aumentar su tesoro agobia á su pueblo de impuestos que se recaudan con el más excesivo rigor; la justicia es para él un instrumento, y sus sentencias recaen principalmente sobre los ricos, cuyos bienes son confiscados; tiene envidia de la Iglesia, á causa de la extensión de las tierras que ésta posee, y suele exclamar: «Ya lo veis, nuestro fisco sigue pobre y todas nuestras riquezas han sido transferidas á las iglesias; sólo los obispos reinan; nuestro poderío ha muerto y ha pasado á los obispos de las ciudades.» Y partiendo de este principio, anula los testamentos hechos en favor de los obispos ó de los abades y revoca hasta las donaciones que su padre les hiciera. Procuráse dinero por todos los medios y vende los obispados al mejor postor, siendo muy po-

(2) Vitry-en-Artois, distrito de Arrás (Pas-de-Calais).

(3) Las mismas fuentes y las mismas obras de consulta que para el capítulo anterior.

cos los clérigos que durante su reinado llegan al episcopado, puesto que ricos laicos, hechuras suyas, le compran el sacerdocio y reciben en un mismo día todas las órdenes de la cléricatura. Chilperico hace la guerra á sus hermanos y á sus sobrinos, ante todo para ensanchar sus Estados y conquistar tesoros. Al mismo tiempo que ávido, es libertino, glotón y bebedor: «En punto á lujuria, dice Gregorio de Tours, es imposible imaginar nada que él no haya en realidad hecho.» Además es muy cruel: á consecuencia de una sublevación de la ciudad de Limoges, somete al tormento á presbíteros, abades y clérigos; y al pie de sus edictos pone esta fórmula: «Si alguno menosprecia nuestro mandato, será castigado con la pérdida de los ojos,» amenaza que se cumple en varias ocasiones.

«Pero, cosa curiosa, este rey tiene ideas que nos sorprende encontrar en aquel tiempo; es un feminista que quiere, contra lo dispuesto en la ley sálica, que la mujer pueda, en ciertos casos, heredar la tierra, y reconoce los derechos de la esposa á la sucesión del marido. Hasta en materias religiosas es innovador: se ha formado un concepto racionalista de la divinidad y no admite que se distingan tres personas en Dios. «¿Qué significan, por otra parte, esas designaciones carnales de Padre y de Hijo aplicadas al Ser Supremo?» Y por escrito ordena que en las oraciones no se haga mención de la Trinidad, sino solamente de Dios, y dice á Gregorio de Tours y demás prelados: «Quiero que creáis de este modo;» pero tiene que habérselas con gente demasiado poderosa, y ante las resistencias de Gregorio de Tours, de Salvio de Albi y de otros prelados, cede. Chilperico pretende igualmente mandar en materias gramaticales y añade al alfabeto cuatro letras tomadas de los griegos para hacer la *o* larga, la *th* sibilante, la *a* y la *w*; estas letras, sin embargo, no están de stinadas á expresar mejor los sonidos germánicos por medio de la escritura, pues Chilperico desprecia la lengua alemana, sino que la reforma se aplica á la lengua latina. Por medio de una circular ordena que se enseñe á los niños á leer con el nuevo método, que se borren con piedra pómez los antiguos manuscritos y que éstos sean escritos de nuevo con las letras adicionales.

Este bárbaro, admirador tan entusiasta de la civilización romana, tiene pretensiones literarias y compone poemas, tomando por modelo á Sedulio, y aunque sus versos, según parece, eran cojos y estaban plagados de faltas de cantidad, esto no fué óbice para que Fortunato celebrara sus talentos poéticos:

Regibus aequalis, de carmine major habetis.

«Igual á los otros reyes, tus versos te hacen más grande que ellos.» Hasta compone himnos, letra y música seguramente. Finalmente, como los romanos, es también aficionado á los juegos circenses y hace construir circos en las capitales por él habitadas, Soissons y París.

Por otra parte, es supersticioso, y si no cree en la Trinidad, cree en cambio en presagios, en la virtud de las reliquias y en brujas, y cada vez que comete una maldad procura ampararse bajo cualquiera superchería religiosa. Cierta día quiere arrancar á un enemigo del asilo de San Martín de Tours; para ello redacta una

súplica al santo rogándole que le conceda su autorización y coloca la solicitud sobre el sepulcro de éste, poniendo al lado una hoja en blanco para la respuesta. Cuando viola el juramento que había prestado de no entrar en París, hace ir delante del cortejo numerosas reliquias. Atribuye la muerte de los hijos de Fredegunda á maleficios, y la reina, con su consentimiento, manda prender en París á cierto número de mujeres tenidas por brujas y las hace degollar ó quemar vivas, mientras Chilperico entrega al tormento á su prefecto Mummole, acusado de haber intervenido también en esos crímenes. El mismo rey que ha despojado de sus bienes á las iglesias, siente miedo cuando sus hijos yacen en el lecho de muerte, y esperando salvarlos se muestra prodigo con los pobres y con las basílicas. Es, en resumen, un semi civilizado, corrompido tal vez por la misma civilización, inteligente, pero caprichoso, extravagante, violento y malo. Gregorio de Tours, que en su cualidad de obispo ortodoxo era enemigo de Chilperico, no parece haberle calumniado cuando le llama el Nerón y el Herodes de su tiempo (1).

Gregorio, que tan duro se muestra con Chilperico, fué, al parecer, con exceso indulgente respecto de Gontrán, á quien siempre llama el «buen» rey Gontrán; y es porque éste jamás incurrió en herejía, antes bien hizo numerosas donaciones á las basílicas y se mostró siempre deferente con los prelados. La Iglesia le atribuye curaciones milagrosas y el pueblo le quitaba las franjas de sus vestiduras para hacer con ellas amuletos. Además, Gontrán sabía ser generoso, y cuando entraba en una ciudad arrojaba el oro á manos llenas, y era familiar con los mercaderes, en cuyas casas iba á comer de muy buena gana, como irá más tarde Luis XI.

Pero Gontrán tiene las mismas costumbres que Chilperico, los mismos amores con criadas, y en su corte las contiendas de la servidumbre se convierten en contiendas palaciegas; además, es cobarde, no va á la guerra y teme ser asesinado, por lo que se hace guardar por un cortejo de guardias de corps. Poco después del asesinato de Chilperico, estando en la iglesia de París, se dirige á la multitud en estos términos: «Hombres y mujeres aquí presentes, os conjuro á que me guardéis una fe inviolable; no me matéis como habéis hecho con mis hermanos; dejadme que eduque todavía tres años á mis sobrinos, pues de lo contrario no existirá ya ningún vástago de nuestra raza para defenderos.» Y toda la comunidad rogó al cielo que conservara los días del rey Gontrán. Este miedo á la muerte hace que el «buen» rey se vuelva cruel: una simple sospecha basta para que haga perecer á los magnates de su reino; en todas partes teme que se conspire contra la realeza, da aviso á sus hermanos y á sus sobrinos de las conspiraciones que contra ellos se tramaban, y sueña con una coalición de los reyes contra las rebeliones de los señores.

Este monarca miedoso sigue una política pacífica: jamás ataca á sus vecinos, y cuando su situación le obliga á tomar parte en las luchas que tienen divi-

(1) Según Seresia, *L'Eglise et l'Etat sous les rois francs au VI^e siècle*, Gante, 1888, pág. 139, Chilperico no debe ser juzgado á tenor de los apasionados ataques de Gregorio de Tours; pero si bien es cierto que los juicios de éste no deben ser aceptados sin restricciones, en cambio parecen perfectamente exactos todos los hechos que nos cuenta.